

FE A DOMICILIO

16 relatos



A veces pienso en ganar alturas, pero no escalando hombres.
Antonio Porchia

Pecadores no son los que hacen lo que quieren, sino lo que no quieren.
Epicteto

*Tengo un miedo terrible de ser un animal de blanca / nieve, que sostuvo padre / y madre con su sola
circulación venosa. / Y que, este día espléndido, solar y arzobispal, / día que representa así a la noche, /
linealmente / elude este animal estar contento, respirar / y transformarse y tener plata. Sería pena grande
/ que fuera yo tan hombre hasta ese punto.*
César Vallejo

ESTRELLAS

para Manuel Espínola Gómez

EL DOCTOR Rabí vuelve de trabajar muy tarde y recién al salir del garage descubre que hay un cuerpo tirado en el jardín y se le acerca dando grandes zancadas chuecas.

-Senel -dije. -Carajo. ¿Qué hacés aquí a esta hora? Casi me da un infarto.

-No grites -sonríe el muchacho desproporcionado y perfecto como una garza.

-¿Pero qué estás haciendo, carajo?

-Mirando estrellas. Te pido por favor que no armes líos: si mamá se despierta ya no se duerme más.

Entonces me senté en el pasto y confesé:

-Yo ya no entiendo nada.

-Lo que pasa es que estás destruido, viejo. Agarraste muchas guardias juntas. Cuando estemos en Valizas voy a invitarte a darnos baños de estrellas en el mirador. Ahí se te pasa todo.

-¿Pero tu madre sabe que te das estos baños?

El muchacho sonríe y murmura sin arrancar los ojos del infinito:

-Me parece que no. No le cuentes, mejor. Va a empezar a joder otra vez con que preciso un psicólogo.

-¿Y cómo diablos hacés para tirarte aquí a las cuatro de la mañana sin que ella se dé cuenta?

-Salgo por la ventana.

-¿Todos los días?

-Depende. Ya había probado alguna vez el verano pasado.

Tuve ganas de despacharme al lado de él, pero me puse a morder un pastito y dije:

-Te juro que no es sermón, Senel. Me imagino que debe estar buenísimo bañarse con estrellas. Pero te quedaron ocho materias para febrero. Y lo único que te vemos hacer es dormir y escuchar música y hablar por teléfono con las chiquilinas.

-Pero no tengo ganas de morirme.

Rabí baja el perfil con los ojos cerrados y su papada se hunde en la decrepitud.

-Cada vez que volvés de una guardia muy jodida o mamá va al cementerio o nos puteamos groso con Poli te ponés a gritar que te querés morir. Es lamentable, viejo. Ya no se banca más. Te juro que es lamentable.

Entonces me dejé caer en el pasto y recién me di cuenta que estaba amaneciendo.

-Y yo te juro que con los pacientes trato de ser un santo -retruca Rabí, pálido.

Senel me agarró una pierna.

-¿Qué edad tenía aquel chiquilín que encontraste tirado en la calle esperando que lo pisara un auto para irse al cielo? -demora en preguntar el hijo de Rabí.

-Tendría cinco o seis años.

-¿Y vos no lo llevaste a la casa y lo calmaste explicándole que el cielo empieza en el suelo?

-Sí.

-Y es la pura verdad.

-Che: ya se están apagando casi todas las estrellas y yo dejé el garage abierto.

-Yo entro por la ventana -se desperezó Senel. -Mirá que Poli y mamá me obligaron a dejarte un pedazo de torta de puerros por si venías con hambre.

-Gracias -dice Rabí. -Venía muerto de hambre.

NAVIDAD

para Jodi Themmes

RABÍ DEJA de presionar el cuello del paciente y dice:

-Ya calmó. Espectacular. Menos de diez segundos.

El tipo siguió mirándose la tetilla que ya no le saltaba y preguntó:

-Qué me hizo.

-Un masaje carotídeo.

El doctor espera que termine de correr el electrocardiograma mientras el paciente cincuentón de mirada muy azul y facciones graníticas parece juntar aire para murmurar:

-Usted cree en Dios.

No me pude dar cuenta si era una pregunta, así que diagnostiqué observando a la mujer gorda que prendía un cigarrillo con el otro al lado de la cama:

-Su esposo tuvo una taquicardia paroxística supraventricular, señora. -Nada grave. Tiene que evitar los estimulantes -café, mate y ese tipo de cosas- y hacerse los estudios que le

mande el cardiólogo. Usted acaba de explicarme que hay un factor subjetivo importante de por medio, además.

-Mi hermano siempre fue ateo -dice el hombre de rostro muy poceado y mirada de transparencia casi troglodita. -Pero yo nunca supe si creer o no creer.

Entonces me di cuenta que la mujer iba a empezar a llorar otra vez y le hice señas al enfermero para que levantáramos campamento.

EL MÉDICO se despide del paciente y sale del dormitorio a las zancadas, mientras el enfermero le pregunta a la mujer cuál es su apellido de soltera y descubre que fueron compañeros en el liceo Rodó. Y de golpe vi a la chiquilina saludándome desde la puerta-ventana que daba al balcón y nunca podré saber por qué fui a darle un beso.

-Mi papá ya está bien -pregunta ella, ofreciendo el brillo de su ortodoncia.

Apenas pude contestarle con la cabeza, porque en ese momento descubrí al hombre-cadáver sentado en el balcón: no podía pesar más de cuarenta quilos y me miró tratando de sonreír.

-Jessica -grita la mujer, después que el enfermero y el chofer salen del apartamento creyendo que Rabí ya está en la calle. -¿No podés dejar tranquilo al doctor? ¿Por qué no te quedaste en tu cuarto?

-Vení, Jessica -dije, agarrándola de la mano. -Buenas noches, señor.

Pero el hombre que está sentado en la reposera clava sus grandes córneas en un lugar remoto del piso y no contesta.

-JESSICA -SE desorbita la mujer. -¿Qué hacés que con eso puesto? Ya te expliqué mil veces que el traje de comunión no es para disfrazarse de novia.

-Tío Julio me pidió que me lo pusiera.

Yo recién me daba cuenta que aquello significaba algo más que un vestido blanco con una crucecita colgando.

-Bueno, andá a ver a papá -le acaricia el pelo la mujer a la niña de ojos enormemente azules y prende otro cigarrillo. -Lo acompaño, doctor.

Y apenas salimos al palier cerró la puerta de calle y murmuró:

-La verdad es que cuando le dije que mi cuñado Julio estaba muriéndose me olvidé de aclararle que había venido a pasar las fiestas en casa.

-¿Y cómo se animó a viajar en ese estado?

-Ellos son muy unidos. Es horrible decirlo pero ya no podemos aguantar verlo sentado allí todo el día. Sin hablar. Gasta toda la fuerza que le queda en comer o ir al baño o acostarse. Nada más. Y nos mira.

¿Tiene cáncer?

-No. SIDA. Vuelve al Brasil mañana de mañana, a internarse en una clínica de Santa María.

La mujer y el doctor se despiden sonriendo suavemente.

ORO

-ME CASÉ con la muchacha de los ojos de oro -dice Rabí cuando su esposa le trae el mate a la cama.

Ella se quedó parada un momento en el sol y sentí como nunca que era la floración más impar del planeta.

-Qué está tocando Poli -pregunta el hombre, eufórico.

-Walton -contestó Brenda. -Pa: otra vez el teléfono. No paró de sonar desde que ella empezó a estudiar.

-No atiendas. Quedate aquí conmigo. ¿Vos sabés que al principio me pareció Piazzolla?

-Teléfono para vos, papá -entra al dormitorio una chiquilina diminuta y de rasgos casi orientales que parece llevar puesta sólo una camisa blanca.

-Quién es.

-El enfermero.

-¿Pero qué carajo quiere a esta hora? ¿Lo aguanté todo el fin de semana a ese lumpen baboso y me viene a llamar el lunes a mediodía? ¿No se puede vivir un podrido minuto de paz en este mundo?

Brenda y Poli se miraron.

-Decile que estoy bañándome -ronca Rabí mordiendo la bombilla.

-No precisás hablarle. Dice que te paga una jugada al Cinco de Oro, a ver si salís de pobre. Cantame a mí los números y chau. Capaz que la embocamos.

-Yo no juego a esas porquerías.

-Pero te invita él. Capaz que la embocamos y me puedo comprar un bulín y no tengo que mancarte todo el día con esa histeria, hermano.

-Basta, Poli -dijo Brenda.

-Mirá -ruje Rabí. -Avisale a ese alma podrida con berretines de médico que una cosa es aguantarle el atrevimiento y la autosuficiencia porque les barre el patio a los de arriba y otra cosa es aguantar que pretenda cambiarme la vida. ¿Me entendés? Aquí hay una guitarra de concierto flamante que nos costó ochocientos dólares, pero fueron ganados laburando con dignidad. Yo a los diecinueve años daba inyecciones a pata por todo el centro para comprar mis libros y me hubiera mordido bien la lengua antes de insultar a mi viejo.

-Basta, gordo -dijo Brenda.

-Mi padre se está bañando y no puede atenderlo -destapa el tubo del teléfono la chiquilina, llorando blandamente.

Pero apenas cortó se arqueó como para zambullirse y dijo:

-Vos no sos un histérico, papá. ¿Sabés lo que sos vos? Una mierda. Yo me voy a estudiar a lo de Olga porque el domingo quiero tocar Walton aunque se acabe el mundo. Y aunque nadie me pague.

RABÍ SACA las piernas afuera de la cama y se pone a tomar mate. Y a los cinco minutos escuché a mi mujer diciendo en el jardín:

-Chau, hijita. Tomate un taxi, si querés. Y si te quedás a dormir en lo de Olga avisame con tiempo.

-Bárbaro -ladra Rabí, cuando Brenda entra al cuarto. -Tengo una suerte bárbara. Es como para jugarle a todas esas porquerías juntas que inventan para que la gente se masturbe soñando con ser feliz en Cancún en lugar de ser gente. Y encima soy una mierda.

-Pero la heriste, gordo.

Nos quedamos callados durante un rato largo, hasta que ella fue el baño y al volver me acarició una sola vez la espalda.

-Senel está durmiendo -dice Brenda, desnuda.

Y después sentí que éramos una especie de guante lleno de oro invisible.

SUDOR

-¿CONOCE ESTE club, doctor? -le pregunta el enfermero a Rabí cuando el móvil de emergencia para frente al Marítimo Punta Gorda.

-Sí -le contesté mecánicamente. -Aquí jugaba al básquetbol mi hermano. La cancha estaba en un terreno baldío que había enfrente.

-Me acuerdo. Yo aquí vine a jugar varias veces con Defensores de Maroñas. ¿Le pasa algo, doctor?

-Estoy muerto -le dije, aunque debí decir: -Esta mañana discutí con mi hija y la herí como mi padre jamás me hubiera herido. Y lo más repugnante de todo es que yo tenía razón. Lo que más me importó fue tener razón, mierda.

-Me parece que usted se toma las cosas muy a pecho, doctor. Toma más precauciones que si fuera a atajar un tiro libre de Bengoechea.

Rabí observa de reojo al chofer pero ninguno de los dos se ríe.

-BUENO -INFORMA Rabí. -Es muy probable que los dolores sean de origen coronario, aunque el electro no da nada.

El paciente era un gordo muy morocho que me miraba con demasiado cariño.

-Entonces no va a haber que trasladarlo -interfiere el enfermero. -Esta noche ve la televisión tranquilo.

Pero el gordo no le dio la menor pelota, y me dijo con una lunita en cada ojo:

-Yo era delegado de mesa cuando su hermano jugaba en los menores del Marítimo. ¿No se acuerda de mí? En el club me decían el Oso Barney.

-No -se frota la papada arcillosa y lampiña el doctor. -Yo soy cuatro años menor que Jerónimo.

-¿Su padre vive?

-No.

-Su padre era un tipo bárbaro. Sin despreciar a nadie.

-¿Se tomaba las cosas muy a pecho? -se volvió a desbocar el enfermero, empezando a levantar campamento.

-Mire: mejor vamos a trasladarlo -sonríe Rabí de golpe. -No creo que tenga nada del otro mundo, pero hay que prevenir.

Y sentí que el sudor de la espalda se me volvía una especie de flotación dorada.

-EL MARÍTIMO ya no existe como club -dice el hombre instalado en la camilla de la ambulancia, mientras le van poniendo el suero. -De mañana funciona un Jardín de Infantes público. Y de noche hay karate.

Y apenas arrancamos me preguntó:

-¿Y su hermanoooooooo?

-Hizo un paro. Fibrila -ruje Rabí.

Y le dimos un choque de 300 Joules y retornó al ritmo cardíaco enseguida, con lucidez y todo.

-QUÉ LO parió. Un día de estos va a tener que darme lecciones de precaución con la marcha atrás -le desliza una guiñada el chofer a Rabí, cuando suben al móvil para hacer el siguiente llamado.

El enfermero hundió la cabeza como si le hubieran pegado un gancho en el estómago. Pero Rabí retruca:

-No. Yo soy un peligro. El que sabía dar marcha atrás a toda velocidad y sin herir a nadie era mi viejo, loco.

BISONTES

para Mariluz Suárez

RABÍ BAJA del móvil completamente transpirado y entra chuequeando a la seccional policial. Me atendieron enseguida.

-Menos mal que su hermano traía cédula de identidad y pudimos localizarlo a usted -dice el sargento, agriado.

-¿Qué pasó?

-Lo encontramos borracho en la puerta de un conventillo, provocando a dos malandras. Él dice que lo robaron, pero además de la botella de Chivas que traía en una bolsa debe haberse tomado otra entera. Y eso que lo detuvimos a las tres de la tarde.

-Nunca toma así.

-¿Está bien de la cabeza?

El doctor se aplasta el pelo rubio ya muy raleado y clava la mirada en el mentón del sargento cuando dice:

-Dónde está.

-En la pieza de acá al lado. Si usted pudiera llevárselo firmando un parte médico no tiene ni que pasar la noche en el calabozo. Pero lléveselo lo antes posible, doctor. Hace un rato se le reventó la botella que tenía contra el suelo y uno de los muchachos hizo un chiste sobre el precio del whisky y su hermano lo agredió. Hubo que sosegarlo un poco, pero está todo en orden.

-¿Le pegaron?

-No, doctor. Por favor. Lo que traía era un raspón bastante feo en la mano, aunque él dice que se lo hizo caminando por Helsinki o algo así. No coordina absolutamente nada.

Entonces me froté la nuez y dije:

-Ta. Los finlandeses. Creo que esta semana llegaban unos finlandeses. Le acaban de traducir un libro a mi hermano. Y son todos muy mamertos.

-¿Un libro de qué, doctor? Si se puede saber.

-De poesía, sargento.

RABÍ ENTRA a la piecita y observa la masacre del Chivas Regal sacudiendo la cabeza.

-Opa -lo saludé, sin sentarme. -Cómo andás, flaco.

-Mal. Me trataron de robar hasta el alma en la calle. La calle es el Matto Grosso, doctor Rabí.

-Buenos, vamos a casa. ¿Qué te pasó en la mano?

-Fue un raspón contra la pared de la caverna, me parece.

-Estás muy mamado, loco.

-Sí. Fue por festejar tanto. Vos no sabés los siglos que demoramos en hacer bisontes comme il faut.

-Bueno, dale de una vez. O te vas a tener que quedar a dormir en el calabozo.

-Siglos adentro, viejo. Y la tribu con hambre y con miedo y no había caso: había que dibujárselos.

-Qué había que dibujar.

-A los bisontes, Cristo. O si no reventaban de desesperación. La tribu precisa ver la cosa allí, quieta. ¿Entendés? Y el día que nos salió un bisonte comme il faut durmieron todos, viejo. Y nosotros llorábamos.

El hombre mal vestido y muy alto y muy flaco bizquea sedosamente y murmura:

-Porque habíamos cazado la luz del mundo. Y había paz en la tribu. ¿Entendés o no entendés?

-Sí -contesté. -Vamos, que ya pasó.

El doctor demoró bastante en llevar abrazado a su hermano hasta el móvil. Después hice el parte médico, me devolvieron la cédula de Jerónimo y aquella noche no tuve más remedio que descerrajarle el sermón demoledor que le correspondía.

WHISKY

RABÍ TERMINA de revisar al adolescente de largo pelo rubio que ronca en un sofá y diagnostica:

-No es nada. Tomó unos cuantos whiskys y se durmió, nomás. Aunque la forma de alcoholizarse es realmente muy rara.

-Quisiera hablar a solas con usted, doctor -dijo la despampanante dueña de casa, y les pedí al enfermero y al chofer que me esperaran en el móvil.

La mujer se acerca a la mesa donde se alinean dieciocho vasos -catorce con una medida doble de whisky y cuatro vacíos- y agrega:

-Mi hijo se quiso suicidar.

-¿Es su hijo?

-No. Mi hijastro. Pero lo adoro igual que si lo hubiera parido. ¿Usted sabe cómo se suicidó Dylan Thomas?

-No. Ni siquiera lo leí.

Ella agarró un papelito que había arriba de la mesa y antes de dármele informó lacrimosamente:

-Se mató así. Tomando dieciocho whiskys puestos en fila arriba de un mostrador. Y además Alex dejó estos versos de Dylan Thomas en lugar de una carta.

El papelito escrito con lapicera reza: *Y tú, mi padre, allí, en tu triste apogeo / maldice, bendice, que yo ahora imploro con la vehemencia de tus lágrimas. / No entres dócilmente en esa noche quieta. / Rabia, rabia contra la agonía de la luz.*

-Es impresionante -me atreví a comentar. -Tengo un hermano poeta que admira a Dylan Thomas.

-¿Y también es alcohólico?

Rabí observa el mentón de la mujer y demora un momento en contestar:

-Tengo que irme, señora. Le aconsejo una consulta psiquiátrica urgente. Más no puedo decirle.

-Yo soy psicóloga. Profesora de literatura y psicóloga -jadeó ella, y el precioso lunar que tenía sobre los labios me empezó a taladrar con un odio encabritado. -¿Por casualidad no leyó el artículo que salió hace dos viernes en *El País Cultural* sobre Dylan Thomas?

-No. Casi no tengo tiempo para leer.

-Ahí se dice la verdad sobre ese pitufo sucio y mentiroso y borracho.

-Discúlpeme, señora. Pero tengo que seguir trabajando.

Entonces la mujer señala hacia el sofá y ronquea:

-¿Sabe lo que pasó hoy, doctor? Pasó que antes de salir para el aeropuerto mi marido tuvo que contarle la verdad al pichón de poeta: que la madre era borracha y murió de cirrosis a los veintinueve años. Porque Alex ya llegó al colmo de la provocación. Mi marido viajó a París para hacer una especialización y tratamos de almorzar en paz y al nene se le ocurre poner al dúo Presti-Lagoya otra vez. Para toearnos un poquitito más. Vive poniendo eso desde que le trajimos los CD de Alemania, el verano pasado.

-Es un dúo extraordinario.

-¿Los conoce?

-Tengo una hija guitarrista.

-¿Sabe de qué murió Ida Presti a los cuarenta y dos años, doctor? De cirrosis.

-No. No es verdad, señora. Y lo que tocan con el marido es una conversación de rezos enamoradísimos. Así dice mi hermano.

-Váyase, doctor. Rápido.

-Cómo no. Buenas noches.

Y al pasar por el sofá me atreví a acariciarle la cabeza al muchacho y ella aulló:

-No vuelva a tocar a Alex: Alex es mío. Es mi hijo. Y yo no soy ninguna noche quieta, ¿oyeron? Manga de repugnantes.

MADRE

para Saúl Ibargoyen

I

-¿PUDIERON LOCALIZAR a Jerónimo? -pregunta Rabí al entrar al apartamento de su madre.

-Sí. Acaba de llegar. Pidió para quedarse un momento con ella -contestó mi mujer, haciéndome señas de que no pasara al dormitorio.

-¿Quiere un café, doctor? -pregunta la vecina que encontró muerta a la madre de Rabí. Entonces abracé a mi mujer y me animé a decir:

-Habrá muerto durmiendo.

-No. Se suicidó, doctor -parece sonreír la vieja obesa con facciones de enana. -¿Le traigo un cafecito? Recién lo hice.

-No. Muchísimas gracias.

Rabí cae en el sofá sin dejar de abrazar a su esposa.

-Yo estuve ayer con ella -dijo la vieja. -Y encargamos un pollo al autoservice y nos quedamos viendo televisión hasta tarde porque andaba muy triste. Ella los precisaba mucho a ustedes.

-Yo vine ayer de mañana -dice Rabí, chorreando una palidez verde.

-Pero venían a verla muy de vez en cuando. Y además ella quería vivir con su hermano, desde que él se divorció. Y él no le daba corte.

-Señora, voy a pedirle que nos deje un rato solos. Le agradezco muchísimo lo que hizo por mi madre.

La mujer reculó con total impavidez y antes de cerrar la puerta jadeó:

-Ella los quería con locura a ustedes. Se pasaba todo el día nombrándolos, doctor. Los nombraba mucho más que a su padre, que en paz descansa.

-Hacía mucho que sabíamos que la mujer de nuestro padre estaba enamorada de nosotros -murmura Rabí después de cerrar con llave y pasador.

Y se agacha en el suelo como para jugar a la bolita y agrega: -Lo que nunca supimos fue cómo no trató de ahorcarnos para que no creciéramos.

Y entonces me animé a preguntarle a Brenda cómo se había suicidado mi madre y ella apelo-tonó el pañuelo y dijo:

-Se ahorcó, mi amor.

RABÍ ENTRA al dormitorio y ve a su hermano sentado de espaldas, cargando a la mujer envuelta en una sábana: enfrente -sobre la cómoda- hay una Piedad tridimensional de Miguel Ángel que le regaló el propio Jerónimo. Me acerqué a mirar la cara morada de mi madre y sentí que a mí ya no me quedaba nada por devolverle.

II

RABÍ SE abre paso hasta una mesa del Luzón en donde están comiendo sus hijos y su hermano.

-Tenía razón Jerónimo -se chupó un dedo Poli. -Este gramajo es lo mejor que se inventó en el Uruguay después del dulce de leche.

-¿Pido otra botella de vino? -le pregunta Jerónimo a Rabí. -El de la casa es muy malo.

-Por mí no. Hoy tomo Coca. No tengo hambre, además.

Y me di cuenta que mi hermano ya estaba casi del otro lado y le dije:

-No tomes más por hoy, flaco. En serio. Haceme esa gauchada.

-¿Por qué no le contás a papá lo que te pasó esta tarde en el velorio? -sonríe apenas Senel.

-Che, papá: ¿y si pedís un gramajo grande y lo comemos a medias? -puso cara de nena chica Poli.

-Okey -dice Rabí.

-Yo me voy a tomar una botellita de un cuarto -decidió mi hermano bizqueando con irresistible dulzura, y Senel me hizo una seña y dije:

-Ta bien. Entonces te acompaño con un trago. ¿Qué fue lo que te pasó esta tarde?

Jerónimo vacía su copa y se alisa la pelambre motuda que le rodea la calva antes de cerrar los ojos para contar:

-Le descubrí la línea de flotación a mamá. ¿Viste cuando estuve parado un rato al lado del cajón? De golpe me fue llegando una cara celeste como de alrededor de treinta años, totalmente feliz. Y sentí que esa es la cara que le va a quedar viva.

-Mozo -subió un brazo Poli. -Otro gramajo grande.

-Y otra botella de Cabernet -agrega el doctor Rabí, enderezándose de golpe.

COCODRILO

para Ana María De Caro

-DISCULPE LA indiscreción, doctor: ¿pero usted es judío o no es judío, al final? - pregunta el enfermero cuando el móvil deja atrás un macizo de eucaliptos y la luna aparece como un doblón en la paz suburbana.

-Por parte de padre -dije. -Mi madre era católica.

-Yo no pude ni llorar cuando murió mi madre -parpadea el enfermero.
Y entonces estuve a punto de confesar:

-Yo me pasé la primera parte de mi adultez sufriendo por no entender que mi madre era perversa. Y la segunda mitad sufriendo por haberlo entendido.

Pero Rabí contempla fijamente el amanecer lunar y parece tragarse un bolo de cicuta.

-NO PODEMOS con él, doctor -explica un sacerdote muy joven, mientras avanzan por la galería del convento. -No se cuida para nada. Hoy dio misa a las siete de la mañana y le vino el broncoespasmo. Y ahora lo veo muy mal.

Tuve la sensación de que los ojos del curita me ofrecían un azul demasiado sedoso.

-PARECERÍA UNA gripe virósica, nomás -dice Rabí, después que el enfermero le dispara al sacerdote viejo cuatro inhalaciones. -Vamos a hacerle 20 de Prednisona por día y un par de blecomoles cada seis horas. Con eso va a andar bien. ¿Ya se siente mejor?

-Gracias por lo de maestro -se rio el hombre encorvado y de aura inoxidable. -Hace un rato me sentía como un pez en la orilla.

-Dios provee -dice el curita, aplastándose una lágrima con afectada puntilliosidad. -Esta vez nos asustamos.

-Dios no precisa el llanto de ningún cocodrilo -retrucó el viejo, seco. -¿Sabe en qué me entretuve durante todo el día, doctor? En combinar avisos de San Juan de la Cruz. Y formé

uno que dice: Mejor es vencerse en la lengua que hacer milagros. Eso le calza a todos los hombres de todas las doctrinas. ¿No le parece?

-Cierto.

Rabí mira al enfermero y el viejo tose muy seco y dice:

-La lengua es la guillotina que usan los inquisidores, los pastores de almas maledicentes y los pequeños Judas aristócratas.

-Bueno. Tranquilo, padre -dice el curita hinchado por un azul de acero. -El doctor tiene que irse.

-¿Sabe lo que me recordó mi madre antes de morir, doctor? -insistió el hombre arqueado. -Que hay que hay que ayudar a Dios, como dice San Pablo en la carta a los corintios. Y de allí sale que Cristo necesita tanto de nosotros como nosotros de él. Para eso trabajamos. Aunque de madrugada haga un poco de frío. No renacemos para nuestra gloria: construimos el perdón.

-CUANDO SE pone a hablar no lo para ni Cristo -se disculpa el curita muy colorado en la puerta del convento. -Qué luna, madre mía.

Yo ni le contesté.

MISS

para el Negro Jefe

-NO SABEMOS qué le pasa, doctor -dice el padre de la muchacha mientras cruzan el living. -De repente empezó a toser y a toser y a toser y ahora se nos ahoga.

-Yo pienso que es la guerra de nervios que estamos viviendo desde el compromiso -alcanzó a murmurar la madre al entrar al dormitorio. -Esto es peor que cualquier telenovela.

-Cómo te llamás, hija -pregunta Rabí apoyando la mano sobre las trencitas africanas de la chiquilina ovillada por la tos.

Y apenas me arrodillé presionándole la nuca se calmó y contestó:

-Rosángela.

-¿Estás resfriada, Rosángela?

-No.

-¿Sufrís de asma?

-No.

-Bueno, entonces quedate tranquila. Antes que me olvide: ¿me podrías conseguir un autógrafo de Picaflor? El otro día los vimos con mi hijo en el noticiero.

La muchacha de cuerpo de pantera y ojos oceánicos sonríe y vuelve a toser desenfrenadamente.

-La inhalo-cámara, por favor -tuve que sacudirle un hombro al enfermero. -Dos disparos.

El enfermero y el chofer dejan de observar la pared-altar donde Picaflor Cortés -el golero de Peñarol y la selección uruguaya recién vendido a Italia- posa solo o en grupo desde su nacimiento hasta la fiesta de compromiso con Rosángela.

-Ta -dije después de las inhalaciones. -Ya pasó. Y mantenete tranquila: si te morís de amor no vas a poder casarte. ¿Desde cuándo se conocen con Picaflor?

-Desde el Jardín de Infantes.

Rabí mira de reojo al chofer y le obstruye el asedio carnívoro al escote de la chiquilina diciéndole:

-Ahora vamos a revisarte para descartar cualquier cuadro respiratorio y dormís unas horas en paz. Y pase lo que pase no le hagas caso al diablo, hermana.

-DIABLA, DOCTOR -me corrigió la madre de Rosángela cuando volvimos al living. - Fue la mejor amiga de ella la que mandó grafitear los muros de la cuadra. Ella misma se lo confesó hace un rato por teléfono, como si tal cosa.

-Y yo me agarré a piñazos con una barra de la cooperativa y terminé en la Seccional y todo -agrega el hombre de motas erizadas, señalándose un moretón. -Porque la miss había hecho correr la bola de que fueron los muchachos los que escribieron *la concha negra de Rosángela* por toda la cuadra. Pero fue ella: la actual Miss Uruguay. Aunque parezca joda.

-Desde la fiesta del compromiso que no la deja en paz -me sondeó la mujer color café con leche. -Y mire que al bombardeo de la prensa ya estamos acostumbrados. Pero esto es diferente.

Rabí contempla un póster donde los rulos de Picaflor Cortés flotan como un trigal de Van Gogh y sentencia:

-El mundo da mucha guerra, señora. Ahora hay que pensar en el amor y seguir defendiendo el arco con calidad. Es lo único que sirve.

TELÉFONO

para I.

RABÍ Y su hijo llegan a la última playita de Valizas cuando ya se distinguen algunas estrellas.

-Y si nos quedamos un rato aquí -me preguntó Senel.

-Como quieras. Para mí vale todo.

Rabí y el chiquilín con complexión de garza se sientan de espaldas al atardecer.

-Bueno -siguió Senel. -Te explico lo del teléfono.

-Okey.

-Son muchachas que me llaman. O yo las llamo. Nada más.

-Eso ya lo sabíamos.

-Pero ellas me precisan. Más allá de si gustan de mí o no. Es muy bravo de explicar.

-¿Pero por qué hablan tanto?

-Hablamos lo que precisamos.

-¿Son todas del liceo?

-No. Hay amigas que conozco de las fiestas, también.

-¿Pero por qué tiene que ser durante tantas horas y todas las noches, loco? Te lo digo en una buena.

-Eso no está planeado, papá. Vos sos médico de urgencia y curás a la gente a la hora que te llaman.

-¿Y vos curás?

-Yo escucho. Nada más. Y converso. Y ellas se sienten bien.

De repente Rabí entorna los ojos y murmura:

-Dios mío. Mirá lo que está saliendo del agua.

Senel torció la cara y dijo:

-Es Baloma Regusci. A veces se baña aquí, a esta hora. Muchos pibes se mandan por estas playas nada más que para verla.

-Y por qué está rapada.

-No sé. Pero sigue siendo lo más precioso que hay en todo Valizas.

La muchacha de grandes pechos desnudos termina de emerger y cava una mirada fosforecente en Senel mientras se baja un momento el bikini para sacudirse la arena. Mostró el vellón azul y se escapó corriendo.

-Che, viejo -dice Senel al rato. -Creo que quiero ser cura.

Me di cuenta que estaba hablando en serio.

TÚNEL

para Olga Pierri

-¿SABÉS QUE aquel domingo que tocaste Walton en el museo fue uno de los mejores momentos de mi vida? -le dice Rabí a su hija mientras vuelven por la costa de Valizas cargando un cernidor, una pala y dos baldes de berberechos.

Poli esperó unos pasos para escarbarme:

-¿Y cuáles fueron los otros momentos más importantes?

-Fueron seis, en este orden. Primero: el día que nos casamos con tu madre. Segundo, tercero y cuarto: cuando nacieron vos y tus hermanos. Quinto: la madrugada que reanimé a aquella muchacha haciéndole masajes y respiración boca a boca durante una hora. Sexto: la vez que logré sacarle a Tato Carro las ganas de morirse con una adivinanza.

-¿Y a cuál de todos se pareció más el momento del concierto?

Rabí observa la transfiguración solar de los ojos de Poli y contesta:

-Creo que al de la muchacha.

-Por qué. Qué sentiste.

-Sentí tanto amor por la belleza que supe que esa cosa total -esa especie de reverberación interior y exterior que le ves al océano, por ejemplo- ya era la vida eterna.

De golpe Poli se frenó y me sondeó desde su metro cincuenta, con incredulidad.

-¿Y cuántos años hace que no salías del túnel? Porque cuando Tato Carro se quiso suicidar yo tenía seis o siete.

-Entonces calculá. Cuando diste el concierto llevaría doce o trece años sin nadar en el reino. Porque una cosa es soñarlo o respirarlo pero otra es agarrarlo, hermana.

-Sos un oso muy triste, doctor Rabí.

-Y vos sos una Misobaco Yanosuda con ovarios geniales.

La muchacha carcajea tintineantemente y apoya el balde en la orilla para acomodarse el sombrero de paja.

-¿Sabés que el día del museo Olga me pidió que tocara para vos, osobuco? Porque estábamos peleados a muerte: ¿te acordás? Y cuando vino el apagón y seguí con la Bagatela sentí que ya no era yo. Aunque nunca sabré quién carajo tocaba.

-Bueno -dije. -Está bien. Lo que importa es saber en qué parte de la playa se agarra el berberecho.

ASADO

para L. y J.

-ME ENTERÉ que ahora te llaman la muchacha de los ojos de oro -le dice Jerónimo a Brenda, cuando los Rabí bajan del auto.

Mi mujer sonrió como una modelo del Cinquecento y entró a hacer la ensalada.

-¿Marcha el asado? -le pregunta Rabí a su hermano. -¿Ya me robaste whisky?

-Sigo con el mate, loco -subió un dedo orgulloso Jerónimo. -Y el asado es un adagio prestilagoyano. ¿Cómo les fue?

Rabí se acerca al parrillero acariciándose la nuez y murmura:

-Nunca pensé que ir en familia al cementerio pudiera ser tan lindo.

-Mirá vos.

-Y pensar que Poli y yo nos enojábamos cuando Brenda iba con Senel. Y hoy Poli se quedó un rato parada frente a *La piedad* de Yepes y dijo que ella se acordaba de Sabrina.

-Y a lo mejor se acuerda.

-¿Traigo el whisky?

-¿SABÉS QUE hoy escuchando a los Presti-Lagoya mientras armaba el fuego visualicé el problema de la Humanidad? -empezó a dar vuelta los chorizos Jerónimo, muy transpirado.

-Te felicito.

-Y lo calé clarísimo: una cosa como un trazo para atrás en la cueva. Apenitas. Y nos vi a todos cazando, además. Nunca me había pasado.

-¿Cazando qué?

-La certidumbre de la inmortalidad. Porque lo que hizo Cristo fue terminar de destapar el tarro con la fogata adentro, loco. Realmente. La cosa es seguir arrimándole astillas de gran tiempo. No lo inventás: lo ves, lo sellás y lo das. Como si rebobinaras el trazo de la más dimensión y lo alargaras.

-Cristo -chista Rabí. -Qué difícil que es ser tu hermanito menor.

-No quiero imaginármelo. Ser hermano de un tipo que sólo puede querer a Dios y a sus poemas más que a sí mismo debe ser espantoso. Vos querés a tu familia y a tus amigos y a tus pacientes más que a vos mismo, gordo. Se te nota a la legua. Tenés una hija muerta y sos capaz de encontrar el paraíso en un cementerio. ¿Dónde queda la tumba de mi matrimonio muerto?

-Calma -dije.

-Los poemas no son gente, hermano. Y yo no sé querer santamente a nadie si no es a través de eso. ¿Entendés?

-¿Falta mucho para el asado?

-Unos quince minutos.

-¿Por qué no ponés a los Presti-Lagoya?

-Okey -bizquea Jerónimo. -Dejame rebobinar el cassette que tiene Bach.

DESNUDO

para M. M.

RABÍ LLEGA de hacer una guardia al amanecer y encuentra a su esposa tapada enteramente con una sábana. Me di cuenta que no estaba durmiendo.

-Esta tarde llamó Rosso -dice Brenda después que Rabí se acuesta.

-¿Rosso?

-El escritor. Está produciendo una película y me ofreció un papel.

-Qué bien.

-Pero no puedo hacerlo.

-Por qué.

Brenda demoró mucho en contestar:

-Rosso se cree que los profesores de educación física no nos desfiguramos por dentro.

-No te entiendo.

-Es tan fácil. Yo todavía puedo dar treinta años en una pantalla, pero no puedo hacer un personaje que termina en una playa sintiéndose más eterno que una estrella.

-No está mal.

-No me jodas.

-¿Cómo que no te joda? Siempre dijiste que el privilegio de los actores es estar obligados a ser lo que no son y sentir lo que no sienten.

La mujer se frota la cara con la sábana y camina hasta el espejo del placard.

-Tengo que hacer un desnudo, doctor Rabí -me gritó casi con odio. -¿Todavía no te diste cuenta? ¿Te parece que puedo hacer un desnudo resplandeciente así nomás?

-Bueno -murmura el hombre. -Con lo preciosa que sos no veo por qué no hacerlo.

-Porque cuando voy a ver Sabrina salgo del cementerio sintiendo que le llevé flores a un tesoro que se me terminó.

Entonces Brenda dejó caer la sábana y se observó los pechos como si tuviera que darse de mamar a sí misma.

LLANTO

in memoriam L.R.

-QUÉ PASÓ, Pali? -le pregunta Rabí a la chiquilina que mira el techo del móvil como si fuera el cielo.

El enfermero le iba limpiando la herida del brazo pero a ella todavía no le dolía.

-Yo vi que se caía un pedazo del techo de la piscina y me tiré al agua -le cuesta contestar a Pali. -Lo que no entiendo es cómo fue que no me lastimé.

-No tenés nada -dijo el enfermero. -Vas precisar una suturita, nomás.

-Me parece que una chiquilina de mi grupo se ahogó.

Rabí se pone blanco y murmura:

-Quién sabe. Había demasiada gente. Pali es tu sobrenombre, ¿no es cierto?

-Sí. Yo me llamo María de la Paz.

-Mirá que ya localizamos a tus padres. Deben estar esperándote en el sanatorio.

La chiquilina volvió a mirar para arriba y dijo:

-Cuando me hundí vi a mi hermana Lucía. Estábamos bailando *El amor después del amor* con mis padres y mi hermano, como la noche que ella se murió. Pero hoy la vi bailando con nosotros.

Rabí mira al enfermero igual que si dijera:

-¿Escuchaste?

Y recién me di cuenta que él también había perdido un hijo.

VIP

para Guillermo Fernández y Leonel Roche

-MIRE QUE no pusimos la sirena porque usted esté grave -le explica Rabí al paciente de perfil venerable. -Lo que pasa es que hoy llega la Sub-20 del Mundial y el tránsito es un infierno.

El hombre setentón me escrutó con dulzura y después de unas cuadas le hizo una seña al enfermero para que le sacara la máscara de oxígeno.

-Tranquilo -ordena Rabí. -No le conviene hablar.

-Ya pasó lo peor -sonrió el hombre encrestado por un sedoso orgullo juvenil. -Con el asma cardíaca ya nos entendemos mejor que con mi esposa.

Y después de regularizar casi agónicamente el ritmo respiratorio agrega:

-Quería decirle que usted se está portando como un ángel.

-Perdón: le estoy hablando en serio. No se agite, arquitecto.

Y me encorvé para agarrar la máscara de oxígeno pero el Very Important Person ordenó:

-Necesito decir lo que le estoy diciendo, doctor. Mire que los políticos somos tristes actores. Tenemos que esconder los sentimientos en lugar de expresarlos.

-Hay mucha gente así. Y no todos son políticos. Ahora hágame caso y trate de respirar tranquilo, por favor.

-No me ponga la máscara -enseña los colmillos postizos el arquitecto. -Preferiría morir expresando mis verdaderos sentimientos.

-Bueno: igual vamos a tratar de no dejarlo morir, en todo caso.

-Los grandes sentimientos son la verdad del mundo, doctor. Y mire que me refiere a los tesoros espirituales de la gente. El odio es otra cosa.

-Totalmente de acuerdo.

-Y una cosa es luchar por conservar los tesoros sociales proyectos de espiritualidad y otra ser conservador.

-También estoy de acuerdo.

-Yo nunca fui conservador. Yo estuve en la derecha, en la izquierda y en el centro. Pero nunca defendí las fortunas personales-eeeeeeee-

-QUÉ LO parió -comentó el enfermero cuando arrancamos para hacer el siguiente llamado. -Nunca había visto un VIP tan gente. Y pensar que siempre me pareció un pelucón de mierda.

-A mí también -baja la papada arcillosa Rabí. -Lástima que haya sido imposible salvarlo.

-Disculpe que me meta, pero usted estuvo bien en dejarlo largar el sermón de despedida. Y lo más triste es que estos viejos no le deben importar un carajo a los tiburoncitos que vienen atrás de ellos. Para la mayoría de los otros VIP debe ser como un ascenso.

No me pude reír.

TABOR

para Jorge Boccanera

-PARA MÍ esto no es Atlántida. Este es el barranco de la transfiguración -dice el hermano de Rabí, cebando el primer mate. Como si uno ya estuviera afuera del mundo. Y sano. Hay momentos que me parece que podría hablar con papá, por ejemplo.

-Pero estamos en el mundo -dije estúpidamente.

-No. Yo acampé en la montaña para siempre, botija.

Rabí recibe el mate y porfía:

-Lástima que tengas que laburar toda la semana en Montevideo.

-No importa. Yo sigo aquí. Y esculpo a toda hora poemas transfigurados por la granulosidad de la más dimensión. Son levadura pura.

-Levadura del reino -sentí que quería a Jerónimo tanto como a papá.

-Carne pura del reino.

Entonces aparece un Rover rojo último modelo y estaciona polvorientemente frente a la casita. No pude reconocer a la ex-mujer de Jerónimo hasta que dio unos cuantos pasos largos por el jardín: parecía una modelo disfrazada de nena, aunque estaba más linda que nunca.

-Sabía que iba a encontrarte soñando -grazna la mujer estrábica, separando las piernas igual que en una pasarela.

-Qué querés.

-Ya sabés lo que quiero. Quiero los dólares que me corresponden por la traducción al finlandés de *Los montes de Tabor*. Aunque sean cinco dólares.

-Basta -me paré. -Fuera.

-Ale -sonrió Jerónimo, agarrando la pantorrilla lampiña de su hermano. -Ya te dije por teléfono que no te corresponde nada por ese libro.

Alejandra subió el rostro y dejó que dos gotas le quedaran colgando de las mandíbulas como pezones de oro. Suena el viento en los pinos. Entonces ella se fregó la mirada vacía y siseó:

-Ladrón loco borracho egoísta castrado decile a tu hermano cuáles eran los montes de Tabor para vos, desde que nos conocimos. Decíselo, basura.

Jerónimo me soltó la pierna y tuve la sensación de que el pajarerío era una maquinaria destinada a armonizar los derrumbes humanos.

-Bueno -chista Rabí, mirando con piedad el escote de la mujer. -Yo puedo imaginármelo.

Pero ella alzó el mentón y antes de salir corriendo hacia el auto gritó:

-Me las vas a pagar, judío degenerado. Yo no doy nada gratis. Y si seguís enamorado de la más dimensión de mis tetas pagá y chau. O no escribas. Mi marido te va a mandar un abogado a ver si aprendés a no sacarle tajadas a la gente.

-

¿TE ACORDÁS cómo era ella hace menos de cinco años? -vuelve a cebar un mate tembloroso Jerónimo.

Yo estaba tragando cicuta en el portón y grité:

-Habla más fuerte. No te oigo.

Pero el otro incrusta la mirada en la flotación solar de la callecita y murmura sonriendo:

-Contestame, papá.

1997